

La medicina en las pampas en 1848

De *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, por William MacCann. Traducción de José Luis Busaniche. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969.

A mediados del siglo XIX, el comerciante William MacCann recorrió a caballo parte del territorio argentino, con propósitos de cronista y de agente de negocios (pues había emprendido el viaje «en busca de oportunidades para nuevas plazas de comercio»). Entre las muchas impresiones recogidas, MacCann registró valiosos datos sobre la salud de la población y el estado de la profesión médica en esas tierras. (Los subtítulos han sido intercalados por la redacción de S(i)C.)



«Los antiguos escritores (que narraron sus experiencias en tierras del Río de la Plata, n. de R.) hablan del calor, de las pulgas, los mosquitos, etc., como casi insoportables, cosa que demuestra que, o bien tenían la piel mucho más sensible, o que estas plagas eran entonces mucho más violentas de lo que lo son para la generación actual.

A pesar de la humedad de la atmósfera en ciertas estaciones del año, y de las vastas extensiones de agua que cubren la pampa en invierno, seguidas por los calores del verano, las pestes son desconocidas. No existe el paludismo, el tífus, ni fiebre infecciosa alguna, y en general puede afirmarse con veracidad que, si no fuera por la intemperancia, las enfermedades epidémicas casi serían desconocidas. Por desgracia, esta inmunidad no se extiende a las enfermedades contagiosas, tales como el sarampión, la viruela y la escarlatina; éstas han aparecido en repetidas oportunidades, en sus formas más violentas y fatales.

Los médicos

El Tribunal de Medicina está encargado de la inspección general y el cuidado de todo lo que corresponde a la profesión médica y a la salud pública. Se ha constituido según el modelo francés y tiene facultades para conceder diplomas a los médicos practicantes, a los boticarios, dentistas y comadronas.

La medicina y la cirugía están incluidas en la misma licencia; se repudia lo absurdo de la separación de estas dos ramas del arte de curar. Este tribunal es sumamente liberal para con los extranjeros; a cualquier caballero que exhiba pruebas de haber pasado por una buena educación médica se le permite practicar la medicina, luego de un examen en el idioma del país.

El número de practicantes nativos ha aumentado mucho en los últimos años, pues muchos jóvenes han concentrado su atención en el estudio de la medicina; hacían mucha falta, no sólo en la ciudad sino en toda la provincia, y en el ejército. En general, constituyen una clase superior de hombres y mantienen la dignidad de su profesión. Sin embargo, todavía no existe una publicación médica, y la profesión se ve obligada a veces a registrar casos notables en los periódicos comunes; no pocas veces la gratitud de algunos pacientes los obliga a expresar por los mismos medios su agradecimiento por una cura realizada por un practicante. Los honorarios son reducidos, debido a la depresión actual del papel moneda: diez pesos papel (es decir, unos dos chelines) por visita, y ochenta pesos (o dieciséis chelines) por una consulta.

Las operaciones, que antes tenían un costo extravagantemente elevado, debido a la escasez de hombres capaces, son ahora remuneradas con cifras moderadas.

Aunque no existe oportunidad para que los médicos adquieran amplias fortunas, en el Interior hay buenas posibilidades para los practicantes, así como en Paraguay, la Banda Oriental y Montevideo.

Condiciones sanitarias

El remedio universal de los nativos, usado en todas ocasiones, es el sebo, o grasa. La untura con grasa es practicada por las mujeres de todas las capas de la sociedad, y se supone que es una cura para todas las enfermedades. Es probable que esta repugnante práctica haya sido adquirida de los indios, quienes se untan con aceite de yegua.

Existe una diferencia muy notable entre los habitantes de estas provincias y los de una región más fría, como lo muestra la susceptibilidad nerviosa y vascular más elevada de la gente de Buenos Aires, cosa que además se advierte con evidencia fatal en la frecuencia de aneurismas del corazón, y en la cantidad de muertes repentinas que ocurren durante un verano extraordinariamente caluroso. Por otra parte, en los últimos años el terror provocado por las convulsiones políticas produjo a menudo muertes repentinas. Gran parte de estos detalles se los debo a mi buen amigo el doctor William Mackenna, quien también enriqueció mis colecciones con otras valiosas contribuciones de su pluma.»